

Ciudades del Jazz

New Orleans

Por Jaime Cabello

Tres nombres de ciudades compendian, por sí solos, a grandes rasgos, el proceso de la aparición, desarrollo y auge de la creación jazzística. New Orleans, el punto de partida; Chicago, el trampolín, y New York, la dorada cumbre, alcanzada la cual el jazz se extendió, como un río poderoso con avasalladora fuerza, por todas las poblaciones de Norteamérica y, desbordando las fronteras de su país de origen, a todo el mundo.

De estas tres ciudades, la más modesta, etnográficamente, es la que atrae de modo más poderoso la atención de todos los que han profundizado en la obra de los negros norteamericanos. Chicago sugiere a muchos el brillante comienzo de la interpretación blanca jazzística. New York, el éxito, el espaldarazo al jazz, a partir de donde éste conoce su mayor difusión. New Orleans es la leyenda, símbolo dual de una época, en cuyo pintoresco marco se desenvuelve la opulenta y frívola sociedad blanca sudista y marca el comienzo de una efectiva aurora de liberación del hasta entonces esclavo negro, para entrar en los dominios intelectuales que le estaban vedados hasta aquel momento y de modo particular en el área de la música.

Es cierto, sí, que en torno a New Orleans se ha acumulado mucha literatura, pero, justo es reconocerlo, el ambiente de aquel brillante período se prestaba a ello. Debido a su situación geográfica, puerto marítimo y final de la ruta del Mississippi, a New Orleans aflúan las gentes del interior en busca de negocios y solaz. Aventureros y comerciantes formaban un abigarrado conjunto que el ansia de ganar dinero fácil por un lado y la busca de esparcimiento por otro, reunían en las casas de juego y lupanares.

Storyville era, más que un alegre barrio, una verdadera ciudad del placer. Allí, en la enrarecida atmósfera de los «saloons», bajo la indiferente mirada de los matones que velaban para que el orden no se alterase; entre los efluvios de licor de los borrachos que eran lanzados a la calle y las chicas de quebradiza moralidad que intentaban convencer a provincianos y comerciantes de probar suerte en la ruleta o en la mesa del póker, allí se instalaron los primeros pianos y allí sonaron los primeros coros de trompeta y clarinete.

New Orleans era, por tanto, el único lugar que, en un país donde el problema racial existía en su más aguda forma, podía tolerar y aplaudir la música de los seres inferiores, los negros. Los grandes festivales del Mardi Gras, daban empleo asimismo a centenares de músicos y los tradicionales entierros con acompañamiento musical a la ida y regreso del campamento, a los acordes del «Dind't he ramble», hicieron que el innato sentido musical de los negros, se encauzara libremente hacia la interpretación y divulgación de su música.

Buddy Bolden, Freddie Keppard, Emmanuel Pérez, King Oliver... las grandes figuras del jazz estaban creando una nueva expresión artística, sin darse cuenta ellos mismos del valor de su aportación. Soplaban alegremente en sus instrumentos y transpiraban a causa del esfuerzo físico y mental que realizaban al establecer reñidas competencias entre ellos, buscando superarse unos a otros. Todo New Orleans estaba poseído de esta fiebre de superación, que se manifestaba hasta en los «saloons» cada vez más suntuosos que surgían en las bulliciosas calles de Storyville.

Aquel fué el primer paraíso para los hombres de color. Eran muchos los muchachos negros que se dedicaron a aprender a tocar los instrumentos de los blancos, atraídos por las fabulosas ganancias de los músicos y su febril ritmo llenaba sus miserables casas primero, para hacer trepidar luego las construcciones de madera de los lugares donde actuaban. Sin conocer música la mayoría de ellos, intentaban traducir en la corneta, clarinete o guitarra, las ancestrales canciones de su raza, rectificando o creando nuevos motivos musicales, según su personal poder de creación. Bunk Johnson, Kid Ory, Jelly Roll Morton, eran sus ídolos.

Los «ferry-boats» que hacían la tra-

vesía del Mississippi, eran un nuevo lugar de trabajo para ellos. A fin de distraer a los viajeros en las excursiones domingueras o en los largos viajes por su cauce, eran contratadas orquestinas de cinco o seis músicos. En estos «ferry-boats» hicieron su aprendizaje Pops Foster, Babe Dodds y el más genial de todos, Louis Armstrong, mientras seguían la ruta del río profundo. Esa ruta por la que el jazz, ya organizado, iba adentrándose por Kansas City hasta el corazón de los Estados Unidos, la entonces primera ciudad industrial, Chicago.

Quizá sí se ha acumulado mucha literatura sobre New Orleans, Storyville y sus músicos. Pero también creemos que es un tributo obligatorio porque las especiales condiciones que reunía New Orleans facilitaron el camino y dieron la primera gran oportunidad a la raza de color, inaugurando así, o anticipando cuando menos, la maravillosa creación que de todos modos tenía que producirse en un momento u otro: el jazz.

«CONTROVERSIA» MEMORABLE

El día 10 del corriente, tuvo lugar en F.A.D. una sesión extraordinaria de «Jazz controversia», organizada por la Agrupación de Discófilos de dicha entidad y con motivo de la concesión del «Gran premio del disco de jazz 1960».

La sesión tuvo por objeto presentar discos de jazz entre los aficionados discófilos, con el fin de conceder premios a los mejores discos presentados.

Ni que decir tiene el éxito que tuvo dicha idea, y que además se escucharon discos muy interesantes y de calidad, observándose un lleno completo en el confortable salón de la Cúpula del Coliseum, de Barcelona.

A fin de dar interés a la sesión, la Junta tuvo la acertada idea de hacer votar al público asistente, por medio del aplauso al final de cada disco, lo cual se cronometró rigurosamente, adjudicándose los premios a los discos que habían tenido más aplausos en un mayor tiempo.

La competencia fue muy reñida, y el interés fue creciendo a medida que la noche avanzaba, no faltando las consabidas controversias y diversidad de opiniones.

Una sesión memorable.

J. Vall

LIBRERIA CARBÓ

OBJETOS DE ESCRITORIO

Agencia Oficial FLEX

El mejor sello de goma

Calle Clavé, 36

GRANOLLERS

Teléfono 423